

# CRÓNICA UNIVERSITARIA

---

## DOS CONFERENCIAS DEL EXCMO. SR. D. LUIS GESTOSO EN LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

*En los días 22 y 23 de noviembre, con numerosísimo público, entre el que se contaban todas las personalidades de Salamanca, el Excmo. Sr. D. Luis Gestoso Tudela, Vicerrector y Catedrático de Derecho Internacional de la Universidad de Murcia, explicó dos interesantes conferencias en la cátedra "Francisco de Vitoria", de la Universidad salmantina. La brillantez de los conceptos, la elocuencia en la exposición, la agilidad en la frase y la oportunidad de las citas hizo que el doctor Gestoso confirmara una vez más su bien ganado prestigio.*

*En su primera conferencia, "Nacionalismo e Internacionalismo en Derecho Internacional Privado", el Dr. Gestoso señala las doctrinas principales que se refieren al Derecho Internacional desde los puntos de vista de nacionalismo e internacionalismo, estudiando después estas doctrinas en su aplicación al Derecho Internacional Privado. En su segunda conferencia, tras de definir el concepto de orden público internacional y su teoría jurídica, estudió el Dr. Gestoso los motivos que la hicieron aparecer en el campo internacionalista. Con detenimiento habla de la tesis de Savigny, de la teoría nacionalista de Manzini y de von Bar, y señala después la distinción de Brocher entre orden público interno y orden público internacional, distinguiendo entre efectos negativos y efectos positivos del orden público después de estudiar los diversos autores que tratan esta distinción. Termina recogiendo las teorías actuales y deduciendo las consecuencias prácticas de su disertación.*

*Como próximamente serán publicadas íntegramente en estas páginas las dos conferencias del Dr. Gestoso, nos limitamos ahora a dar una brevísima noticia de ambas.*



En la festividad de Santo Tomás de Aquino celebró la Universidad este curso, como en años precedentes, diversos actos religiosos y académicos.

Ocupó la presidencia de todos ellos el Magnífico y Excmo. Sr. Rector, Dr. D. Manuel Batlle y Vázquez, y asistieron los Decanos de las tres Facultades, los Catedráticos y Profesores con la concurrencia de los escolares.

El acto académico dedicado a enaltecer la figura del Doctor de Aquino revistió especial brillantez y obtuvo resonancia cultural por el mérito extraordinario de la conferencia pronunciada por el Dr. don Angel González Alvarez, Catedrático de Metafísica de la Facultad de Filosofía y Letras.

Fué su lección, magnífica de estilo y doctrina, una exaltación sabia y fecunda de Santo Tomás, "Santo de la sabiduría y de la inteligencia", que mantiene sus valores perennes, acrecentados hoy y vigorizados en la quiebra de un mundo en desolación y ruinas.

Transcribimos algunos párrafos en este número de los "Anales" como avance del texto íntegro que se publicará en edición separada.

"Quien tenga atentos los oídos para escuchar los clamores de la hora y los ojos despiertos para percibir la escasa luz brillando en las sombras de esta noche universal, y el tacto exquisito para captar las palpitaciones de desesperación de tantas vidas deshechas por la injusticia reinante y conserve en su pecho un mínimo de caridad, se adentrará en sí sobrecogido de terror.

Todas las personas con que hablo—y hablo con todos sin acepción de nombres—están concordes en reconocer que el mundo se encuentra profundamente enfermo. Pero aún es poco decir. El mundo se encuentra totalmente enfermo. Son todas las facetas de la vida humana las que se encuentran necesitadas de remedios urgentes: todas las dimensiones de la cultura las que viven de profunda crisis agónica. Cada uno de vosotros—ilustres compañeros—lo véis muy bien desde el área de vuestras aficiones especializadas: el jurista me habla de la quiebra del Derecho; el sociólogo, de la quiebra de la justicia social; el moralista, del resquebrajamiento de la moral; el sacerdote, de un espíritu religioso inoperante cuando no muerto. Y vosotros, los científicos, habéis también percibido la falta de congruencia entre la moral y el desarrollo insospechado de la técnica.



Habéis visto bien el problema en el área barrida por vuestra especialidad. Pero no generalicéis extendiendo a la totalidad lo que sólo es cierto para una de las partes. El mal no ha comenzado por la pérdida de la fe: eso ha sido la consecuencia. Ni ha consistido en el resquebrajamiento de la moral: ese ha sido su producto. Ni tiene por raíz la quiebra de la justicia: esa es también una de sus derivaciones.

Yo veo el mal de los tiempos actuales radicado en la enfermedad de la inteligencia. Si la verdad no rige las inteligencias de nuestro desventurado mundo, ¿cómo queréis que la moral determine las conductas y la justicia presida las relaciones entre los pueblos? El mal que crucifica al mundo comenzó por la inteligencia, por aquello que de más propio tiene el hombre; atacó a sus propias raíces y se extendió a todas sus partes. Perdida la luz de la inteligencia, las tinieblas rodearon todo nuestro ser. Y en las sombras que rodean los cuerpos y en las tinieblas de la noche oscura del alma tienen lugar todos los crímenes de la humanidad pecadora.

No carguemos, pues, la culpa de nuestras desdichas en el haber de la política. No son los políticos quienes mueven la historia, sino las ideas que les entregan los filósofos. Las ideas que surgen en la mente de los filósofos parecen inofensivas e inoperantes; pero de las mentes de los filósofos pasan a los brazos de los políticos y van convirtiéndose en hechos, realizándose en una trama más o menos complicada de concreciones históricas que al reflejarse sobre los individuos pueden ponerse a su servicio u oponerse a su misión produciendo los mayores estragos en la vida personal de cada hombre y los más grandes desastres en la vida colectiva.

El mal de la inteligencia comienza a manifestarse con caracteres graves ya en el siglo XVI. La llamada filosofía moderna se abre con una vinculación más o menos encubierta al nominalismo triunfante ya en el siglo XIV sobre el espíritu decadente de los escolásticos, que no supieron o no quisieron aprovechar la gran lección de Santo Tomás. Por un lado, el racionalismo moderno, que se inicia con Descartes y que cierra su ciclo histórico con Leibniz, exalta de tal manera la inteligencia humana, que el hombre en sus brazos se convierte en ángel. Sí; en un ángel que ha recibido en herencia las palabras de la tentación por su condición real humana, y que proclamara el non serviam desde su pretendida condición angélica, deificando de esta manera su razón y endiosándose a sí mismo. El pecado de la soberbia humana me parece doble del de la soberbia angélica. Por otro, el empirismo con la falsa humildad asentada en el error de la negación de la actividad propia del intelecto humano en el acto de conocer. La razón empirista tiene potencia únicamente para negar su propia potencia. Comienza borrando



del cuadro de las ciencias primero la Teología y después la Metafísica. Es el error del agnosticismo metafísico y teológico irrumpiendo en el teatro cultural europeo. Es el agnosticismo metafísico que adquiere la forma del excepticismo con Hume. Ese mismo agnosticismo que se sistematizará con Kant en la Crítica de la Razón pura llevado sobre los tres pretendidos objetos de la Metafísica racionalista: el alma, el mundo y Dios. Este agnosticismo psicológico, cosmológico y teológico que corriendo el tiempo se convertirá en positivismo, borrando del cuadro de los seres existentes a todo lo que no nos sea dado al sentido, desconociendo los derechos de la Verdad primera con la rehusa del orden sobrenatural, considerado imposible, y la negación de la vida de la gracia. Es-digámoslo con su nombre-el naturalismo triunfante y redivivo en los tiempos que corremos invadiendo con caracteres alarmantes el arte, la literatura, la historia y todas las manifestaciones en que la cultura se objetiva. Kant pretendió poner límites al saber para dejar paso a la creencia. El resultado ha sido que se cegaron las fuentes de la creencia para dejar paso a la filosofía, que en afán soteriológico busca un rayo de claridad salvadora para el hombre tenebroso y para el mundo convertido en noche. Ha correspondido a un español la triste gloria de expresarlo en la sublime lengua que un Emperador de las Españas, políglota, empleaba para hablar con Dios. La filosofía, se ha dicho, nace donde muere la creencia. La filosofía viene a ser el gigantesco esfuerzo natatorio para no ahogarse en el tormentoso mar de la vida en que parece hundirse el hombre cuando ha perdido la fe.

Todos estos errores, tal como han ido sucediéndose en el despliegue vital de la cultura europea desde la revolución cartesiana, son los síntomas del cataclismo histórico que estamos presenciando. Ellos han atacado a la cuádruple raíz-racional, moral, social y religiosa-de nuestra vida.

Importa aclarar una vez más que el mal que padece el mundo comenzó por la perversión de la inteligencia. Y ha enfermado la inteligencia porque se la arrancó violentamente de su objeto propio: el ser. Cuando la inteligencia humana hizo profesión de independencia a la mirada del ser y relacionándose al excepticismo sensible con la frase blasfema del nego experientiam proferida por Espinosa, ebrio de racionalismo, quedó decretada también la pérdida de su objeto supremo, de Dios. Se perdió entonces la continuación del conocer natural en dominios estrictamente trascendentes y se cortaron los lazos de la posible y real incidencia de lo sobrenatural en nuestro mundo asfixiado de naturalismo. Se perdió también el supremo bien, sólo con cuya posesión podría quietarse la voluntad insatisfecha por el fracaso de los bienes temporales y particulares. Se asfixió entonces el espíritu religioso y se produjo



la apostasía colectiva en grandes grupos sociales. Comenzó la más formidable polémica de ideas, chocaron unos hombres con otros y unas con otras las naciones y se convirtieron las relaciones humanas en discordia.

De todas partes nos llegan deseos de salvación. Por cualquier lugar se levantan alaridos angustiosos buscando remedios salvadores. Por fortuna, en medio de los falsos remedios que preconizan todos los unilateralismos, se levantan voces autorizadas pidiendo la restauración del Derecho violado, la vindicación de la justicia conculcada, la moralización de la conducta privada y pública, la renovación del espíritu religioso. Para nosotros, con lo dicho, queda señalada la medicina salvadora, que no podrá ser otra que la restauración de la inteligencia en su situación real y sus propias ordenaciones. En este sentido se nos aparece Santo Tomás como maestro universal indiscutible, y ello por varias razones:

La primera, por la índole misma de la santidad de Tomás de Aquino. Todavía está reciente la fecha en que el Dr. Leopoldo Eulogio Palacios, insigne Catedrático de Lógica de la Universidad Central, lanzó a la consideración pública el problema de la formación del intelectual católico. Distinguía el Dr. Palacios entre el católico intelectual y el intelectual católico. No se piense que se identifican. "El catolicismo intelectual es un miembro de la Iglesia que pone en ejercicio su entendimiento sin ocuparse formalmente de los temas fundamentales de la concepción católica de la vida y el mundo. El intelectual católico, en cambio, hace de estos temas el objeto principal de su actividad pensante". Pues bien, habida cuenta que el católico aspira o debe aspirar a la santidad si alcanza la cumbre de la perfección por la vía de la intelectualidad, será un intelectual santo. Es justamente lo que acontece con Tomás de Aquino. Su santidad es la santidad de la inteligencia.

La segunda razón del magisterio universal de Santo Tomás de Aquino es su carácter de arquitecto supremo de la inteligencia. En efecto; cuando Santo Tomás mira al hombre, lo primero que ve en él es un ser, no una cosa más entre las cosas, como se ha venido diciendo; tampoco un yo puro absolutamente independiente, in statu viae, de las cosas del mundo, o soberanamente autárquico en cualquiera de los estados de su vida, como acontecerá en Descartes; menos aún pura función cognoscitiva frente a la mera apariencia objetiva, como pretenderá Kant; ni siquiera lo concebirá como esencialmente encarnado en el cuerpo, inmerso en una situación intrasferible, arrojado en el mundo desde la nada, cual pura existencia desnuda que por el ejercicio de su libertad creadora conquistará temporalmente, en comercio con las cosas del mundo, mundaneando, su esencia eterna, hasta verse abocado a la muerte como la más real de sus posibilidades salvadoras, según preconizan los nuevos



mensajes de salvación del existencialismo actual. Santo Tomás ve en el hombre un ser compuesto hilermórficamente de un cuerpo y un alma, dotado de una complejidad de facultades cognoscitivas, apetitivas y de movimiento. Huyendo de todos los exclusivismos y de todas las negaciones propicias al error, afirma en el orden cognoscitivo—el único que por ahora nos interesa—la existencia y la validez de tres fuentes de conocimiento: los sentidos, la razón y la fe. Pero con serlo mucho, no es esto sólo lo importante. Lo importante es que el hombre como ser cognoscitivo no es una estructura que sitúe aquellas tres fuentes como por pisos independientes y contrapuestos, sino una contextura que hace que las tres fuentes sean solidarias y conexas. La inteligencia, para Santo Tomás, está anclada en la sensibilidad por su raíz hasta el punto de que de lo sensible toma sus propios contenidos, sin que quede la posibilidad de que nada haya en el entendimiento que no haya estado en el sentido. Ved ahí la superación del gran fracaso del racionalismo, que cuando quiera conocer las cosas exteriores mandará cerrar los ojos y taparse los oídos, para de esta manera, libre la razón del comercio de los sentidos, pueda aplicarse a la consideración de la idea clara y distinta de extensión que representa la naturaleza de los cuerpos. Ved ahí, científicos que me escucháis, el reconocimiento y la proclamación decidida que Santo Tomás hace de la necesidad y la validez de vuestros métodos de observación y experimentación para el estudio de las ciencias de la naturaleza. Pero digo más. El conocimiento se inicia, en efecto, con la experiencia, pero la experiencia, al ser recibida en el ser cognoscente, se adapta a su constitutivo formal. *Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*, dice un axioma escolástico. Lo que se recibe se recibe según el modo de ser del recipiente. Y es claro que siendo el modo de ser esencial, siendo el constitutivo formal del hombre el entendimiento, lo que recibe por la experiencia lo recibe entendiéndolo a diferencia de lo que sucede en el animal que, por ser su constitutivo formal muy otro, lo que le suministran los sentidos no puede ser elaborado ni entendido.

No seamos injustos con aquel hombre que con toda justicia salió en defensa de las ciencias empiriológicas y concedámosle su inalienable derecho a establecer nuevos objetos para nuevas disciplinas. No seáis vosotros exclusivistas con quien nos salvó de exclusivismos científicos y reconoced humildemente que vuestras ciencias no agotan el ser sensible sobre cuyas propiedades especulan. Aun en el caso de que el conjunto de las ciencias experimentales estudiasen la totalidad de las propiedades del ser sensible, no se había estudiado el ser sensible del cual son las propiedades. Otra disciplina, con el mismo derecho que las vuestras, irrumpe en el mundo cultural y pide su reconocimiento a la exis-



lencia, presentando las credenciales tomistas de su justificación crítica. Trátase de una disciplina no ya científica, sino filosófica.

No puedo pasar por alto esa otra dimensión de la cultura humana constituida por las llamadas ciencias exactas. En la magna síntesis tomista queda también lugar para la autonomía de la Ciencia matemática. En efecto, a base de los contenidos sensibles de la experiencia, elaborados por el intelecto en su función abstractiva mediante la precisión de la materia en cuanto raíz de los caracteres individuantes y hasta de la materia sensible, para conservar únicamente la cantidad como propiedad esencial del ser material, se constituye el quantum ideal objeto de la matemática. Desde este momento ya no puede extrañar la concordancia de la matemática con la realidad. Y ello sin apelar a aquella arbitraria concepción kantiana según la cual las condiciones que hacen posible la experiencia son las mismas que las que posibilitan los objetos de la experiencia, sino por la más justa doctrina tomista de la iniciación del conocimiento en la experiencia sensible que hace que los entes matemáticos se refieran a ella como a su causa material, salvando al propio tiempo el fracaso a que se ve abocada la fenomenología de Husserl cuando trata de resolver el problema del ente ideal.

El Tomismo, en fin, por su doctrina de la regencia de las ciencias que se sitúan en un grado de abstracción formal superior a las que están colocadas en grados inferiores, deja abierta no ya la posibilidad de aplicación de la matemática a la física, sino que inclusive autoriza la constitución de una ciencia intermedia entre ambas, de una ciencia materialmente física y formalmente matemática, cual es la físico-matemática moderna. Y no se asusten los espíritus timoratos, amigos de sestear plácidamente a la sombra de la cultura heredada: llevamos ya unos años hablando de una revolución científica semejante a la que se produjo en tiempos de Galileo con la aplicación del cálculo matemático a las ciencias de la naturaleza física. Se trata de la constitución de una nueva ciencia, la bio-matemática, que será en el plano de la materia viva lo que la físico-matemática ha sido en el dominio de la materia inerte. Pueden los científicos lanzarse por los nuevos derroteros y someter a cálculo matemático cuanto encuentren de cuantificable en el fenómeno vital en la seguridad de que el Tomismo les fundamentará los principios de la nueva ciencia.

Tales son las consecuencias de aquella radicación de la inteligencia en la sensibilidad. La inteligencia anclada en el sentido por su raíz, decíamos. Pero la inteligencia también, añego ahora, abierta para continuar más allá de lo sensible un conocimiento natural en dominios estrictamente trascendentes, y abierta sobre todo a la fe, por el ápice de su razón, disponiéndose a recibir de lo alto el verdadero mensaje de



salvación. Sólo el hombre en cuanto ser racional puede ser sujeto de fe. El animal está radicalmente incapacitado para abrirse a la creencia. Para los seres superiores, que no razonan por la sublime prerrogativa de no necesitarlo, y para el hombre mismo cuando su entendimiento sea fecundado por la visión beatífica—in status gloriae—y no precise usar de la función de la razón, cuya necesidad, según afirma Santo Tomás, procede del defecto del intelecto, se hará innecesaria la fe.

La tercera razón del magisterio universal de Santo Tomás es aquella que le constituye en Doctor de la verdad. Es cierto que sólo se es filósofo en la medida en que se busca y se quiere de verdad. Pero, decidme, ¿encontráis algún personaje en la Historia que haya ido a la verdad con la fuerza, el desinterés y la docilidad de Santo Tomás? ¡Cuántas veces en el duro trajinar del ejercicio de la función especulativa han desertado los hombres! Ved por todas partes el interés por la verdad mezclado con intereses menos nobles, como preocupaciones particularistas, vanagloria, curiosidad, deseos de novedad y originalidad, valores extrafilosóficos que empañan y hasta arruinan la pureza en la cualidad intelectual de tantos hombres, mientras la vida entera de Tomás de Aquino es un renunciamiento de todo lo otro en aras de ese absolutismo de la verdad en su alma y en su obra. Se ha querido ver en esas grandes síntesis del pensamiento cristiano, el Tomismo, el Escotismo y el Suarismo, como tres modulaciones distintas de la Filosofía perenne, tres flexiones producidas al mirar el ser desde el ángulo visual de los tres trascendentales, Verdad, Unidad y Bondad. No tengo inconveniente en admitir la interpretación. Pero entonces tengo que negar la validez de perennidad de esos dos sistemas montados sobre la Unidad y el Bien. La filosofía, la ciencia como tal, no puede ser regulada más que por la Verdad. Y la verdad es la misma realidad de los seres en cuanto dicen relación a la inteligencia.

He aquí el secreto de la fecundidad siempre actual del Tomismo. La inteligencia fecundada por la verdad y la verdad regida por el ser. Toda la doctrina del Tomismo reposa en la idea de ser que inicialmente es extraída de las cosas sensibles, primer dato y primera verdad para la inteligencia, en el orden analítico y pende de la idea de Dios, sumum cogitabile como Supremo Ser y Verdad primera para todo espíritu en el orden sintético. Y entre las cosas sensibles y Dios, toda la gama variada y compleja en que el ser se jerarquiza. En su estudio se pliega tan humildemente a las estructuras de la realidad, que si el espíritu de objetividad es el signo distintivo del clasicismo filosófico, es preciso afirmar que Santo Tomás es el filósofo clásico por antonomasia. Clásico por su docilidad a las jerarquías del ser; clásico por su realismo siempre abierto para incorporar en su seno cuantas nuevas verdades vaya descubriendo



*el generoso esfuerzo de los nuevos filósofos; clásico, en fin, hasta en la aplicación práctica del método siempre congruente a la estructura cognoscitiva de los objetos que investiga.*

---

*Estas tres condiciones de intelectual santo, arquitecto de la inteligencia y doctor de la verdad y otras varias que ni siquiera enumero, hacen de Santo Tomás no ya el filósofo clásico, sino el filósofo más actual de todos los filósofos. Quien sienta la impaciencia de la verdad y perciba la urgencia de nuestro tiempo, que no rechace la llamada al festín de la sabiduría eterna, solucionadora de todos los problemas temporales."*

